

PIONERAS

CASTILLA-LA MANCHA
2025

GRUPO DE LA UNIDAD DE
IGUALDAD DE GÉNERO

Carta sobre la vida de:

**MARÍA FRANCISCA
DÍAZ-CARRALERO
RODELGO**

ESCRITORA
**MARÍA
FRANCISCA DÍAZ-
CARRALERO
RODELGO**

MANZANARES, CIUDAD REAL



Carta de María Francisca Díaz-Carralero Rodelgo, la ciega de Manzanares, a Carmen Teresa Olmedo Pedroche.

Estimada Carmen,

Es un auténtico lujo que des voz a esta carta que dicté a mi sobrina. Me enorgullece poder dirigirme a una mujer que desempeña un papel fundamental en esta tierra mía de la Mancha, a la que tanto amo. El siglo XXI, y a pesar de todo el camino que nos falta por recorrer, es un sueño compartido por todas nosotras y un maravilloso principio para un futuro muy prometedor.

Pero disculpa, creo que no me he presentado. Mi nombre es María Francisca Díaz-Carralero Rodelgo, y soy conocida como "la ciega de Manzanares", obviamente por la ceguera que me acompaña desde que nací y porque eso era lo que el mundo decidió ver en mi: mi ceguera. No mi voz, mi ingenio, mi rebeldía, sino aquello que la sociedad usó para marcarme un límite. Pero yo, que no veía con los ojos, supe mirar más allá.

«Nací, y en el nacer quedéme ciega,
Y lloré, sin saber mi desventura;
Y hoy, sumida en recuerdos de amargura,
Sólo en llorar mi corazón sosiega.
¡Su luz, su resplandor el sol me niega:
Jamás vi de la luna la hermosura,
Ni admiré de la nieve la blancura,
Ni vi este rostro que mi llanto riega!
¡A inspirar compasión no sé si acierte
Este cantar de la divina ciencia
Que me legaste, desgraciada suerte!

Soy, como ya sabrás, una de las poetisas improvisadoras del siglo XIX más conocidas en España. Todo un lujo para mí y para mi familia. El único lujo que me he podido permitir en los días de mi vida.

Nací en la provincia de Ciudad Real en el seno de una familia humilde procedente de Tembleque, en la provincia de Toledo. Fui ciega desde los primeros días de vida, y me quedé huérfana a los diez años, al cuidado de mi hermana, Juliana, que era mayor que yo. Como podrás comprender, en esta situación no me quedó más remedio que mendigar, un verbo que ahora os aterra, pero que entonces lo entendíamos como el salvoconducto que me había impuesto la vida. Si no eras una persona adinerada, no te quedaba más remedio que ganarte el sustento diario de alguna manera.

Como nunca me faltaron las ideas, muy pronto planeé junto a mi hermana una treta que hubo de darnos de comer durante toda mi vida: improvisar versos que yo misma componía y recitárselos a transeúntes. Y una mujer como yo, desafié con mi palabra a quienes creían que la miseria y la falta de visión me harían sumisa. Con la improvisación de versos hablé del amor, de la risa y de la injusticia, de la vida que ardía dentro de mí, aunque el mundo me cerrara las puertas.

Un día, mientras paseaba por las calles de mi pueblo, escuché unas palabras que salían de la ventana de un edificio. Le pedí a mi hermana que nos acercáramos. Era un sonido maravilloso que nunca había escuchado. Mi hermana, azorada por si nos veían, no quiso permanecer allí más tiempo y me llevó a casa a rastras.

A la mañana siguiente, la obligué a llevarme de nuevo a los pies de la ventana. Pasamos allí horas, días, meses. Y así, a fuerza de empeño, dominé la lengua más maravillosa que existe: el latín. En un año lo hablaba con tal fluidez que algunos me llamaron latinista. ¡Una exageración, claro! Pero qué ironía: aprendí el idioma del saber en un mundo que me negaba el derecho a aprender.

Lo cierto es que, Don Aurelio, el maestro al que escuchaba dar clases desde la ventana, me invitó a sus clases. Pero la educación no sólo me fue negada por mi ceguera, sino por mi pobreza. Expulsada por las humillaciones de los niños de la clase, encontré otra forma de aprender y de ganarme la vida: hablaba latín con las personas viajeras que pasaban por mi pueblo y con las que llegaban a la recién inaugurada estación del tren. Cuando años más tarde, pude hacer viajes montada en esos maravillosos vagones que olían a madera y a humo, quedé maravillada de los sonidos de las conversaciones ajenas y de las risas de niñas y niños. Siempre me han maravillado sus risas. No puedo verlas, pero siento sus colores y sus misterios como si fueran míos. El color de la risa de niñas y niños es el color del mundo. Al menos, así lo veo yo, si es que ver es el verbo adecuado en mi caso.

Llegué a ser muy popular, incluso en la prensa nacional. Conocí a Alejandro Dumás, a la poetisa Carolina Coronado y al filósofo inglés Willian George, entre otras personas intelectuales de la época. Y, además, pude viajar a diferentes lugares de España.

En 1850, viajé a Madrid, una ciudad grandiosa y cercana a la vez. Allí pude asistir al Colegio Nacional de Sordomudos y Ciegos, que se había fundado en 1842, y aprendí a reconocer las letras por el tacto. Ese fue uno de los instantes más embriagadores de mi vida. Pequeñas montañitas de puntos que me descubrieron un universo desconocido hasta ese momento. Incluso participé en veladas literarias, ¿te lo imaginas? Una mujer, ciega y sin recursos participando con la intelectualidad de la capital. Como si el conocimiento fuera un privilegio reservado solo para unos pocos, pero allí estaba yo porque el esfuerzo nos define, pero también la dignidad de no rendirse, de reclamar nuestro lugar, aunque el mundo insista en negárnoslo.

De aquellas veladas saqué una pensión de beneficencia de la Reina Isabel II, que pidieron para mí, y durante un tiempo la mendicidad pasó a ser historia.

En esa época viajé por España. Córdoba y Sevilla, entre otras ciudades. Fue un momento de mi vida maravillosa y feliz. Llegué incluso a ganar el certamen literario en honor a la Virgen del Pilar en Zaragoza.

Sin embargo, la pobreza se marca en nuestro carácter y en nuestras venas y, desafortunadamente, tuve que volver a mendigar.

Nunca fui capaz de publicar un libro con mis composiciones que, como las hojas en otoño, finalmente volaron hasta el olvido.

Pero no era este el propósito de mi carta, te escribo por todas las niñas que aún hoy ven sus oportunidades arrebatadas. Porque aún hay quienes creen que la inteligencia tiene sexo, que la valentía tiene clase y que la discapacidad implica imposibilidad. Todas las niñas del mundo deberían tener todas las oportunidades que yo no tuve.

Todas las niñas del mundo deberían tener al alcance a una vida de color, aunque no pudieran verla como yo no pude. Y esa labor es vuestra, querida Carmen.

Gracias por representarme desde la luz y desde la palabra.

Gracias por hacer resonar mi voz... Y que la verdad, la valentía y la libertad no queden atrapadas en el pasado, sino que incendien el futuro y nos permitan reclamar lo que nos pertenece.

El esfuerzo nos define.

Gracias por todo ello y hasta siempre.

María Francisca Díaz-Carralero Rodelgo